

LOS LIBROS

LITERATURA

SURCO, por *Manuel Navarro Luna*.

En su patria—Cuba—a Manuel Navarro Luna lo han ubicado en la «literatura de vanguardia» a raíz de la publicación de su reciente libro *Surco*. Uno de sus compatriotas, Cabrera Escanelle, al referirse a *Surco* habla de una «acertada cristalización de imágenes ultraístas». Pero veamos.

Uno de los exaltadores de esta modalidad literaria—el ultraísmo fué insignificante en cuanto a realización estética y no ha tenido otro valor, como casi todas las escuelas artísticas, que su posibilidad de trampolín y su significado de alarma—decía que el poema ultraico era el triunfo exclusivo de la imagen y ésta, la poesía. Pero la imagen desrealizada, depurada de la intromisión del elemento humano, la imagen sin realidad real sino real solamente en el arte. Además, el ultraísmo, lejos de la escolástica retórica antigua, desplazaba del poema el uso de la rima, y sus preferencias temáticas, sin unidad en el poema por lo general, se

dirigían a los motivos inexplorados o casi inexplorados hasta entonces en la poesía. Sin embargo, la de Navarro Luna no tiene ninguna de estas características.

Navarro Luna es más bien un caso de mimetismo lírico. El movimiento estético de los últimos años lo encontró ya con una obra anterior: *Refugios*, etc. Su inquietud, muy digna de elogio, sin duda, lo hizo plegarse aunque tarde al movimiento renovador. Quiso aprovechar los nuevos elementos aportados a la lírica, asimilar las últimas modalidades expresivas; pero el resultado fué inferior a la intención transformadora. Y es que, es necesario repetirlo, aquel no se alcanza sólo por una premeditación de inteligencia, por una aspiración obstinada sino también por sensibilidad (1). Y Navarro Luna ca-

(1) Sensibilidad como cualidad ingénita, se entiende, y además en el sentido de captación del hecho objetivo (o subjetivo); pero cuya resonancia hacia afuera se proyecta en forma detorsiva, condensada, sintetizada o, mejor, transformando el hecho mismo y devolviéndolo al exterior sólo en la esencia, sin prolongarlo o explotarlo en consecuencias yuxtapuestas.

rece de este dualismo como la mayoría de los artistas llamados nuevos.

Refrendando lo dicho en el segundo párrafo, el libro de Navarro Luna no tiene concordancias con el ultraísmo ni con ninguna de las escuelas tituladas de vanguardia—desgraciadamente esto no puede servirle ni de elogio, pues el autor de *Surco* pretendía incluirse en ellas—fuera de la disposición tipográfica de los poemas, novedad ya extinta y que si en un tiempo sirvió también como elemento integrante de sacudida para las viejas fórmulas poéticas, no pasó nunca de ser una simpática superficialidad. Navarro Luna tampoco es un cultivador de la imagen sino de la prosopopeya, afición que pudiera acercarle también a algunas de las literaturas nuevas. Pero le falta el sentido de equilibrio, de gusto, esa especie de eutrapelia para sostener el tono diferencial y no resultar delicuescente. Además el verso de Manuel Navaro Luna está construido casi todo a base de heptasílabos o más bien, de alejandrinos, distribuidos es cierto, con capricho; pero que a pesar de esto dan uniformidad monótona al libro. Y como residuo de su obra anterior le queda la tendencia a explotar las motivaciones románticas—*El Apóstol, Madre mía, etc.*—y el uso constante de ciertas palabras (como *espectros, fantasmas, osarios, cementerios, fúnebres*), que acentúa en los poemas una predominación de mal gusto.

La verdad es que *Surco* no pasa de ser una tentativa frustrada.—*Arturo Troncoso.*

PAÍS BLANCO Y NEGRO, por *Rosamel del Valle.*

La literatura vanguardista de Chile aún sigue produciendo sonrisas y no faltan quienes la denigren y pongan un ceño duro al oírla mencionar. Sin embargo, nadie puede dudar de su existencia; es imposible limitar su alcance y en otros países notamos un interés creciente por los nuevos líricos y prosistas chilenos, cuyas agrupaciones deshumanizadas militan en camarillas que no siempre se miran bien entre sí. Pablo Neruda, Tomás Lago, José Manuel Sánchez, Alberto Rojas Jiménez, Rosamel del Valle, Gerardo Seguel, Humberto Díaz Casanueva, etc., son los nombres más difundidos por América. Hay otros grupos—más infantiles—que denotan su inquietud de una manera detonadora y efectista. Ya madurarán. En tanto esperamos la germinación definitiva de tales arres-tos. Las actitudes estridentistas, que algunos reprueban en nombre de valores tradicionales, no bien definidos, son signo óptimo de vida rica y multicolor, de infinitas esperanzas y de no pocas realidades hermosas.

Rosamel del Valle, autor de *Mirador*, libro de poemas vanguardistas, nos ofrece hoy una obra más sólida, de calidad más lograda, en cuyo estilo ya se perciben fibras originalísimas y no pocas emociones subterráneas, abscónditas e intensas. La manera suya es vaga, inconcreta, como casi todos los escritores que en Rilke, Aragon, Soupault, Crevel y otros escritores en boga, buscan el modelo de las asociaciones y el sentido nuevo de la creación artística.